

En torno al mundo rural

Julio Caro Baroja

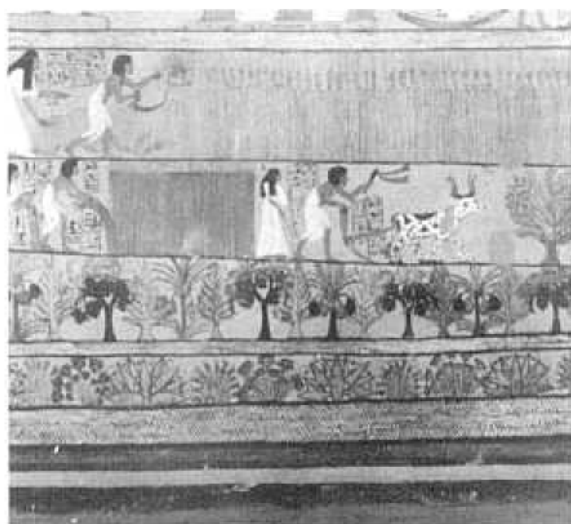
Desde tiempos remotos se ha señalado la oposición que existe entre la manera de ser y de vivir del campesino y la del ciudadano. La llamada «revolución urbana» es un hecho que ocurrió hace tantos siglos en el cercano Oriente y en el mundo clásico que, en términos intelectuales, poco podemos saber acerca de épocas en que esta oposición no existía. El «descubrimiento» de la vida ciudadana es acaso más importante que otros que se usan para fijar los períodos de la Protohistoria y de la Historia Antigua. ¡Qué cambios no habrá habido unidos a la creación de los núcleos urbanos! Hoy mismo, de las palabras ciudad y urbe, extraemos las nociones de urbanidad, ciudadanía, etcétera, que implican un alto nivel en tratos y contratos humanos, mientras que rusticidad y rústico aluden a otro muy bajo de conocimientos y comportamientos.

¡Y, sin embargo! Uno de los más antiguos poetas griegos, Hesiodo, en «Los trabajos y los días», da una visión dura de la vida del hombre en los campos, muy de acuerdo, por cierto, con la que tienen hoy bastantes campesinos.

Puede decirse que desarrolla un Pesimismo básico. Pero pasan los tiempos y en Grecia misma nos encontramos con que aparece, entre personas que podemos definir como conservadoras desde el punto de vista político, la tesis de la superioridad moral de la vida del campesino frente a la corrupción del ciudadano. Es la tesis que de modo contundente defendió Aristófanes: su personaje Strepsiades refleja su modo de pensar. Después, esta visión tal se amplifica, se complica, se hace más alambicada y acaso más insegura. Puede afirmarse también que de las distintas formas de idealizar la vida del campo surgen géneros literarios enteros: la poesía bucólica, la novela pastoril son las más conocidas.

Hay, en fin, escritos de carácter moralizador en que se describen las excelencias de la vida campesina. Pero, como se dice vulgarmente, una cosa es predicar y otra dar trigo.

En nuestra literatura clásica tenemos el caso de que un probado cortesano aristócrata de sangre, fray Antonio de Guevara, publicara en 1539 su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, que es un modelo seguido por muchos poco después: entre ellos Luisa Sigea, Pedro de Navarra, un secretario del duque de Feria, apellidado Gallegos, cuyas *Coplas en vituperio de la vida de palacio y alabanza de aldea* fueron traducidas al francés, inglés, italiano y alemán. La defensa es un tópico



que se repite luego, como veremos más adelante.

Pero de la antigua Grecia al Renacimiento pasan muchos siglos, durante los cuales en ámbitos diferentes (y con profundidad sorprendente a veces) se analiza la oposición memorable. Bastará ahora con recordar el estupendo texto de Ibn o Aben Jaldún, en su obra introductoria a la Historia Universal, para comprobarlo. Entre 1374 y 1378 la escribe. Luego la retoca. Siempre impresiona leer lo que dice respecto a las características de las grandes ciudades, su superioridad cultural y económica, sus artes y oficios, etc. Pero una vez más hace contrastar la corrupción que se da en ellas, incluso la cobardía, con la honradez y valentía de los campesinos.

Se trata de un tópico que volverá a repetirse en el teatro clásico español, en el que hay varias comedias que tienen por trama la respuesta del alma popular o la de una persona del pueblo, del campo, frente a desmanes de los grandes, ya que no ciudadanos: comendadores, capitanes, hombres prepotentes de la aristocracia.

La fuerza de esta corriente de pensamiento (pues de una verdadera corriente se trata) invalida lo que cabe observar, según dictan otras experiencias, en la misma sociedad rural. Ya hace mucho que moralistas profundos, observando a los campesinos, hicieron semblanzas generales de ellos en que resaltaban rasgos negativos, como los de ignorancia, superstición, sordidez, etc. Por otra parte, entre la población urbana popular, nunca han disfrutado de gran prestigio. En las hablas locales de distintas ciudades españolas se han acuñado nombres despectivos para designarlos: los de paletos, catetos, grullas, boronos, etc. etc. En otros ámbitos se determinó qué clase de pasiones y crímenes se daban más en las sociedades rurales y dentro de éstas en las que tienen distintos rasgos. Los delitos que, por ejemplo, se multiplican en una tierra de regadío rigurosamente administrado son conocidos y sujetos a una casuística. Los cambios de mojoneros están ilustrados por ejemplos antiguos, también las luchas causadas por intereses encontrados entre pastores y agricultores o los incendios forestales provocados por unos y otros.

Algún criminalista italiano de comienzos de siglo acuñó el concepto de delito bárbaro y antiguo, frente al de delito moderno. Hoy, en efecto,

vemos cómo un delito moderno, el relacionado con la droga, domina y aplasta a todos los demás. Pero no cabe duda de que en el campo y entre los campesinos y contra los que hablaron de sus excelencias morales, hay un tipo de criminalidad propio, que, como va dicho, adopta formas locales específicas, como existían también las de las ciudades de otros tiempos.

La observación de ciertos crímenes pasionales ha dado motivo incluso a que se acuñara el concepto de «drama rural». Un modelo de tal drama es *Cavalleria rusticana*, la ópera de Pietro Mascagni estrenada el 17 de mayo de 1890, sobre un texto de Verga.

En todo caso, hoy, puede decirse que en los campos y dentro de la sociedad rural también ha habido una revolución técnica con los consiguientes cambios sociales. De la época en que se calculaba la capacidad de producción de una propiedad rústica, por el número de yuntas que exigía para explotarla, a la de los grandes tractores hay un abismo, que no se franquea bien todavía. La productividad de los minifundios ha achicado su valor y en muchos lugares se simplifican los antiguos cultivos de muchas plantas a la vez. El éxodo rural se ha dado en zonas de modo alarmante, pero ahora hay también vecinos de pueblos y aldeas que trabajan a bastantes kilómetros de donde viven. En suma, la figura de España cambia, aunque todavía haya también españoles que siguen fieles a actividades antiquísimas. Por ejemplo, un joven amigo mío que ha escrito recientemente un libro sobre la Mesta se dispone, en el momento en que escribo estas líneas, a acompañar a varios ganaderos transhumantes en sus recorridos seculares.

Pero no cabe duda de que la ciudad triunfa, la ciudad reina, la ciudad impera como el Ángel Exterminador. Pese a los tópicos y alabanzas de aldeas, más o menos idealizadas. Y los aldeanos lo saben, tienen conciencia de ello. También una visión pintoresca de lo que esto puede significar. Hace ya muchos años, en el pueblo que me es familiar, Vera de Bidasoa, en la montaña atlántica de Navarra, oí repetir a algún viejo vecino que el fin del Mundo llegaría cuando en cada casa hubiera una tienda. Otro decía que una taberna. De todas formas un comercio: el signo más contundente de la vida urbana.